

## Fiesta de Navidad

Ernesto Tubía Landeras

Mediaba la noche y la fiesta de llegada de la Navidad, como cada año, se había desbordado. Los comensales que hasta no hacía más medio suspiro, se repartían sobre lamesa, degustando caldos y catando sabrosas pitanzas, se dispersaban a lo largo del salón, cuando no en las estancias aledañas al mismo. Año a año, siempre ocurría lo mismo, y aquella noche, regada con la alegría del puntual reencuentro navideño, y la del alcohol —por qué no decirlo—, no iba a ser diferente.

Tras los postres, don Pedro Crespo, acostumbrado como estaba a la regencia de Zalamea, había tratado que la sobremesa se prolongara allí mismo, y que no se formaran los corrillos habituales. Pero para entonces el cochinitillo sobrante había desaparecido, al igual que el Lazarillo. Ofuscado, buscando al bribón de Tormes hasta por debajo de la mesa, descuidó su pellejo de vino, al que don Pablos de Segovia, buscón como no hay otro, había puesto a buen recaudo, entre pecho y espalda.

Desconcertado por, un año más, no haber sabido mantener la mesa unida, el alcalde de Zalamea se rindió sobre el sillón junto a la ventana, tratando de no perturbar a Calisto y Melibea, que por una vez, lejos de las miradas réprobas de sus respectivas familias, se dejaban amar, ciertamente demasiados fogosos, sobre uno de los sillones del rincón.

A la espalda, aún con unas copas de coñac en las manos, que habían hecho encenderse sus mejillas, e incluso enderezarse el ribete del bigote de Alonso Quijano, Don Quijote y Zalacaín, se retaban en un duelo verbal, sobre quién había vivido la aventura más gloriosa y por lo tanto, quién era de ambos el más valeroso aventurero de las páginas de la literatura española. Así, mientras por detrás de ellos, Sancho Panza seguía dando buena cuenta de una pierna de cordero asada, uno afirmaba que había dado lo suyo a unos enormes gigantes, aunque se empeñaran los facinerosos y embusteros, en afirmar que eran molinos. Mientras el otro, aún con mayor énfasis, juraba que había sido él el mayor héroe de las guerras carlistas, y que no podía considerarse aventurero a quien no había puesto sus calzas sobre el campo de batalla.

Tal era el revuelo que montaban ambos que Ana Ozores, harta de debatirse en sus páginas entre Álvaro o don Fermín, se dejaba querer por un pícaro hombre, a fe truhan donde los hubiera, y escondidos en una de las esquinas del salón le permitía ciertas carantoñas. “No es verdad ángel de amor, que en esta apartada esquinita, si bien la luna no brilla, podremos hacer el amor”; le susurraba al oído el ínclito Don Juan, mientras a la Regenta le temblaban hasta las enaguas, no habiéndose visto en otra, siquiera parecida. Por lo que, mientras miraba hacia el árbol de Navidad donde Doña Inés se persignaba después de alinear un pequeño Belén a pies del abeto, la Regenta corrió las cortinas y ahogó un suspiro, un segundo antes de que, al fin, sus labios fueran desprecintados por ansia de amor.

Entretanto, mientras la conversación entre Don Quijote y Zalacaín ganaba volumen, el Conde Lucanor, dubitativo, caminaba de un lado a otro sin saber qué hacer, pues hacía rato de Patronio, su consejero, se dedicaba a instruir a Dulcinea en cómo ser una mujer de hoy en día, y sobre todo, a no dejarse engañar por hidalgos locos, capaces de prometer ínsulas baratarias con tal no saberse solos en el camino. La joven manchega lo primero que hizo fue decirle al joven amigo del Conde Lucanor, que se dejara de llamarle Dulcinea, que su nombre era Aldonza Lorenzo, y que, si a estas alturas de la vida hubiera venido al mundo, se hubiera hecho psiquiatra, que en las extensas páginas de la literatura

nacional se iba a ganar los cuartos la mar de bien, pues si algo no faltaba en la literatura española eran locos de remate.

La Celestina, a la vista de que sus funciones de alcahueta no eran necesarias en esa fiesta de Navidad, donde todos parecían haber encontrado pareja, salvo el perdido Conde Lucanor, quiso mediar entre los aventureros, que seguían a la suya. Parecía, o bien podía afirmarse, que ambos habían olvidado las fechas de paz y amor señaladas en rojo al final de calendario anual, y habían convertido su duelo dialéctico en toda una riña, voz en cuello.

La Celestina quiso mediar, pero bien es sabido que lo que la doña toca, se tuerce de inmediato, así que a Don Quijote le faltó el tiempo para acercar la nariz a la de su oponente y a Zalacaín lanzar un mandoble, que dio con el bueno de Alonso de boca contra el suelo. Ya se había preparado la marimorena, a la cual, por cierto, no se invitaba desde hacía siete cenas.

Los bofetones, empujones y puñetazos —sin acierto gracias al alcohol ingerido— se sucedieron por todo el salón. El Lazarillo, el Buscón, Patronio y, obviamente, Sancho, se pusieron del lado de Don Quijote. Mientras que el Conde Lucanor, Don Juan y Calisto, se posicionaron junto a Zalacaín. Don Pedro Crespo, alcalde de Zalamea, y como buen político, no se posicionó, ya se arrimaría más tarde a quien saliera victorioso. Mientras tanto, las mujeres, más sensatas y amistosas que sus compañeros varones, se despedían hasta el año siguiente, entre besos y parabienes, algunos afilados como un cuchillo de doble filo.

Para cuando la bronca se disipó y cada uno volvió a sus respectivas historias, el salón había quedado como si por allí hubieran pasado las ánimas de los Santos Inocentes. No se escuchaba un alma. Incluso la decoración navideña había desaparecido, y solo un reguero de mesas tumbadas y sillas caídas, daban indicios sobre lo allí acaecido hacía tan solo un instante.

Dos días después la puerta se abrió y las luces de las lamparitas que presidían las mesas se encendieron, un instante antes de que Irene y Martín, los bibliotecarios de Villabruna de los Tilos, se adentraran en la sala de lectura principal.

Ambos, boquiabiertos y con los ojos tan abiertos que bien pudieran haberseles caído sobre las mejillas, miraban el desorden generalizado y cómo muchos de los libros que albergaban esos anaqueles, estaban dispersos sobre el suelo. “El Lazarillo de Tormes”, “La Regenta”, “La vida del buscón”, o incluso “Zalacaín, el aventurero” y “El Quijote”, que parecían cerrados el uno sobre el otro, en un extraño duelo de papel y tinta, negro sobre blanco.

—¡Otra vez! —exclamó Irene, mientras caminaba hacia los libros y comenzaba a recogerlos, ante la mirada de Martín—. ¿Seguro que no eres tú el que vienes en Navidad, sólo para hacerme la bromita?

—Te aseguro, Irene, que no he vuelto a la biblioteca desde que cerramos en Nochebuena le aseguró Martín, mientras tomaba un pesado ejemplar de “Don Juan Tenorio”.

—Pues te aseguro que no lo entiendo —dijo Irene.

—Ni yo tampoco, ni yo tampoco —corroboró Martín, mientras tiraba de una guirnalda navideña que asomaba de las páginas del libro que había tomado del suelo, y al final del mismo aparecían unos pulgueros, que bien hubieran podido pertenecer a Don Juan, si es que las prisas le hubieran hecho perderlos.